

## SÉPTIMO DÍA

LA CARA DE LA NOTICIA

## La protectora del salvaje Amazonas

**Ángela Maldonado**  
Esta ecologista colombiana lucha contra el tráfico de especies en el pulmón del mundo

POR JUANJO ROBLEDO

La primera vez que la conservacionista Ángela Maldonado durmió en el Amazonas la acompañaba Matías, un mono churruco que había rescatado y que quería regresar a su hábitat. En medio de la oscuridad, colgados en una hamaca forrada de mosquiteras, vieron que el suelo se iluminaba de setas fluorescentes como en una noche estrellada. Matías se asustó, ella en cambio supo que la selva más grande del planeta les daba la bienvenida.

“Los indígenas creen que la selva te recibe o te rechaza. Yo me sentí en casa”, dice la ecologista colombiana. Maldonado lleva más de 20 años entre el verdor y la humedad aplastante del Amazonas, luchando contra el tráfico de especies, en especial primates. Su labor le ha merecido premios como el Buffet de National Geographic al Liderazgo en Conservación 2020 o el Whitley Gold Award del Reino Unido en 2010, considerado el Oscar verde.

Vive en Leticia, un poblado remoto a orillas del río Amazonas donde confluyen las fronteras de Colombia, Brasil y Perú. Sólo se accede por avión o barco. Allí no sólo se escuchan las voces de los animales, sino las de las mafias y grupos armados.

Los primates son una moneda de cambio más en un escenario de deforestaciones, cultivos de coca, buscadores de oro, turismo o laboratorios científicos. Con estos últimos Maldonado ha librado una batalla por utilizar especies silvestres. Sus denuncias provocaron que la justicia cerrara el laboratorio del científico Manuel Elkin Patarroyo. El primate es el *Aotus*, la única especie nocturna de la zona utilizada en pruebas contra la malaria.

La activista ha tenido que enfrentar redes de captura y venta consentidas por políticos y con la ayuda de nativos tanto para experimentos como para consumo o para turistas que buscan una mascota exótica. Pese a ello ha conseguido vedas de caza tanto en Colombia como en Perú, así como la puesta en marcha de proyectos de turismo en comunidades que dependían de la venta de recursos naturales.

En 1998, para trabajar en la selva tuvo que pedir permiso a las FARC. Todos los actores saben de su presencia y ella, como en un campo minado de intereses, intenta proteger el mundo silvestre aunque cruce líneas rojas.

Desde su casa rodeada de árboles de papaya se conecta con el mundo con una frágil señal de internet. Allí



LUIS GRANENA

**Su labor le ha merecido los premios internacionales más importantes, incluido el considerado Oscar verde**

estudia proyectos de la fundación que dirige, Entropika; observa los atardeceres mágicos de la jungla y le abre la puerta a quien la toque. A veces son nativos pidiendo consejo, la llaman Angelita; otras veces son bebeleches, monos de bigote blanco que buscan comida. También llegan aves, guacamayas con plumajes tan coloridos que parecen pintados con témperas.

Maldonado (49 años) nació en Bogotá, otra jungla, pero de hormigón. Allí se sentía perdida. Estudiaba Administración de Empresas sin encontrar su lugar, hasta que apareció Matías. El viaje para regresarlo a la selva la condujo a una estación biológica que llevaba una pareja estadounidense. Allí se despidieron. Meses después la estación fue atacada y abandonada. Ángela no lo dudó, regresó para hacerse cargo.

El día que anunció a su familia y amigos que se iba a vivir al Amazonas la tildaron de loca. Una maestría en primatología y un doctorado en conservación en la Universidad Oxford Brookes del Reino Unido terminaron por convencerla. Nancy López, amiga de toda la vida, recuerda su amor por rescatar gatos y perros. En el instituto la conocían por su liderazgo y por no aceptar un no como respuesta. Hija única, sus padres la esperan siempre.

Recién llegada a la selva tuvo un encuentro que nunca olvidará. En una quebrada vio la cabeza de un animal

que luchaba por salir. Se sumergió para ayudarlo, y cuando el animal se giró, se dio cuenta de que estaba frente a un jaguar. Se miraron fijamente. “Es la mirada más poderosa que he sentido en mi vida. Ojo con ojo. Me recorrió toda la columna vertebral”, recuerda.

No le pasó nada, sus encuentros con animales en la selva siempre le han dejado experiencias positivas. Con los humanos ha sido diferente. Su trabajo le ha acarreado amenazas de muerte y presiones para que se marche. Durante un tiempo montaron vallas en las que salía su foto junto a la esvástica nazi y niños africanos muriendo por falta de vacunas. El Gobierno tuvo que ponerle protección hasta hace poco.

“Ángela ha entregado su vida a la selva y a su gente. No puede desviar la vista ante una injusticia. Una vez le vi parar a un hombre borracho que estaba maltratando a una mujer. Esas virtudes le han traído amigos y enemigos”, detalla Thomas Lafon, director de proyectos de Entropika.

Quizás por ello no se ha limitado a defender la flora y la fauna. Y se queja de crímenes que nunca salen en los medios, de la corrupción, del narcotráfico. El negocio crece como un cáncer. Los jóvenes indígenas trabajan en los cultivos, les pagan con base de coca y muchos terminan enganchados.

Cuando lo cuenta parece que describiera los mismos problemas que la empujaron a marcharse de la ciudad. Echa de menos los museos, la comida asiática, sus padres, pero ya no podría volver. Le reconforta saber que vigila uno de los pulmones del planeta.

Matías, su mono, regresó una tarde con una familia de churruco silvestres. Se veía ágil y fuerte. Ella entendió que ambos habían aprendido a sobrevivir. No se han vuelto a ver.

MIRADAS / COLOMBIA

## Los incendios

MELBA ESCOBAR

Cuando era niña Bogotá era una ciudad muy fría. Recuerdo salir bajo la neblina de las seis de la mañana a tomar el bus del colegio con bufanda, guantes y gorro de lana. Era usual pasar de las heladas durante la madrugada, al sol picante en el patio a eso de las diez. Entonces había que quitarse un montón de prendas. A eso de las cuatro caía un aguacero que era el preámbulo de una noche helada, y así.

Crecí pensando que vivir las cuatro estaciones en un solo día, sin orden ni horario, era cosa de todo el mundo. Solo años más tarde, cuando un amigo norteamericano me preguntó por qué no miraba el pronóstico del tiempo antes de salir, entendí que para algunos el clima ha sido un fenómeno impredecible, un sistema fuera de todo control o predicción.

Veo a mi hija de nueve años, en sandalias y manga corta, tumbada en el parque Simón Bolívar de Bogotá. Hace 20 años era impensable andar así a estas alturas de la región andina. Mi niña no reconocería a esa pequeña que fue su madre vestida en las mañanas bogotanas como una esquimal. Pero aunque a veces siento nostalgia y quisiera explicarle lo que fue para mí una ciudad que antes giraba en torno a las chimeneas, no consigo encontrar las palabras para hablar de algo que es al mismo tiempo un duelo y un miedo hacia adelante.

En la noche cenó con mi prima residente en Arizona. Ella me explica cómo a las personas en Phoenix se les queman las plantas de los pies por las temperaturas del asfalto. Habla de pabellones de quemados, de termómetros que alcanzan los 48 grados, de daños cerebrales, hepáticos, respiratorios, de las cifras de muertos, de su vida allá, siempre encerrada en espacios interiores con aire acondicionado a tope. Hablamos de cuánto ha cambiado la idea de un verano tumbado en una playa, frente a esta imagen apocalíptica ocurriendo en tiempo real.

Y no llegamos a hablar de los incendios en Túnez, Grecia o Italia. Tampoco del dengue, disparado en Perú por cuenta del cambio climático, o de los niños muriéndose en la Guajira, al norte de Colombia, ya no solo por desnutrición sino también por las sequías. No hablamos de bosques en llamas, ni de desplazados huyendo entre nubes de polvo. No hablamos de damnificados ni de escombros, tampoco de madres abandonando su propia casa incendiada con bebés en los brazos.

Cuando nos despedimos, decido caminar un poco. No hace frío, tampoco calor. Todo un privilegio. Además, estoy en un sector de la ciudad donde puedo andar un par de cuadras sin temor a que me roben el teléfono, otro privilegio. No puedo evitar la sonrisa irónica al pensar en la culpa que cargamos quienes sobrevivimos en el menos peor de los mundos en este planeta.

En Bogotá empieza a llover como si el cielo se fuese a venir abajo. Alcanzo a entrar al edificio justo antes del chaparrón. Pienso en los árboles que caerán esta noche, con sus millones de años enraizados a este planeta. ¿Por qué estamos tan paralizados?, ¿por qué no hemos sabido hacer de la lucha contra el calentamiento global una causa colectiva y urgente? Entro al apartamento y veo a mi hija esperándome en el sofá, somnolienta. Le ofrezco acompañarla a su cuarto. Es tarde. Si el tiempo mejora, mañana iremos de excursión tal como habíamos acordado. Amanecerá y veremos.

“**Hablamos de cuánto ha cambiado la idea de un verano tumbado en la playa, frente a esta imagen apocalíptica en tiempo real**”